

DEITANIA

Antonio
Fernández

Los solares

El mundo del solar era la posibilidad de hacerse mayor, de crecer salvaje e independientemente, aunque todavía no se tuviera la mayoría de edad, claro. Pudiera sacarse toda una filosofía de lo que un solar supone para el niño que va adentrándose a la vida, pero esto sería demasiado pedante. Ya habló mucho Freud sobre el niño polimorfo y sus manías. Así que vámonos un poco al recuerdo, que eso sí sabemos hacerlo todos. Yo recuerdo haber leído alguna vez aquello de que la ignorancia es más lírica que la erudición. De hecho, el solar pudiera ser más lírico que una biblioteca, de primeras. Lo que pasa que luego uno va creciendo, adentrándose en otros caminos que

imaginábamos tediosos, aunque no supiéramos aún qué significaba eso de tediosos, y poco a poco íbamos abandonando nuestras calles, campos de la infancia y solares. Pero el pasado retornaba misteriosamente, mágicamente, líricamente en una melodía, un libro, una película, un estado del tiempo. Íbamos también descubriendo palabras nuevas que luego utilizábamos en los textos porque sí, porque nos gustaban, aunque no tuvieran coherencia semántica: *galaico*, *maleza*, *subterfugio*... Había que meterlas donde fuera. Esta pequeña inocencia erudita tenía también su encanto lírico, y uno empezaba a creer que la lírica estaba también en la cultura.

El solar y las calles volvían, ya

digo, como en un eterno retorno gracias al cine, a los libros, a la música, a un día lluvioso o a una tarde amarilla de mayo. El recuerdo podía asaltarnos de un momento a otro. Sobre todo cuando la desgracia llegó. Antes se pasaba del solar al dólar como si nada, sin ninguna nostalgia. El solar iba a estar siempre ahí aunque hubiéramos ido un momento al quiosco. Ya ves, cinco o veinte duros podríamos recaudar más o menos. Pero pasaban los años y uno se iba dando cuenta de que al final el dólar, aunque fuera un papelito frágil al que todavía no podíamos alcanzar, venció a las poderosas zarzas del solar. La edificación venía a destruir nuestro refugio húmedo de las noches, nuestro

subterfugio, nuestra *maleza*, donde íbamos forjando las primeras palabrotas, las primeras peleas, también los primeros besos. La edificación vino a aplastar a nuestra única posibilidad *galaica* que fue el solar.

Todo aquello fue la fortuna de unos pocos. Mis amigos de la infancia, esos gamberros de la calle, hace tiempo que no sé de ellos, quizá en alguna noche de verano les vendrá una ráfaga de viento húmedo de agosto, que era cuando los solares se convertían en nuestra casa de campo, y recordarán nuestras cabañas, nuestros senderos, nuestras peleas y primeros amores. Ahora los solares ya son edificios, propiedad privada, los niños de hoy ya no tienen ni refugio ni efugio. Están rodeados de muros aunque se diga que el progreso los ha volcado todos. La escapada la tienen, en todo



PRESEN JIMENEZ

caso, en lo virtual. Una palabra que nosotros aprendimos mucho más tarde y que nos sonaba a futuro. Los niños de hoy no tienen solares. Qué evocarán de mayores. Acabarán en las tabernas persiguiendo mares en un vaso de ginebra porque me parece que, además, *las niñas ya no quieren ser princesas*.

Pascual
García*Historia del Eremita:*
Miguel Espinosa
o la heterodoxia

Como por arte de magia, casi como un milagro, aparece este nuevo libro de Miguel Espinosa, no solo el mejor escritor murciano de todos los tiempos, sin duda, el más controvertido, complejo y contradictorio, pero también el más inteligente y de mayor talento, sino tal vez uno de los grandes escritores españoles contemporáneos, apenas conocidos por unos cuantos iniciados, que en su día tuvieron acceso a las primeras ediciones de esa media docena de títulos excelsa, minoritaria, difícil, que no podríamos encajar en ningún género literario concreto, porque en las páginas de Espinosa se combinan la vibración de lo poético, la música de lo legendario y lo épico y la sustancia verdadera de la idea y del concepto más acendrados.

Miguel Espinosa fue, en efecto, un escritor portentoso, muy alejado de las corrientes narrativas convencionales, apartado del mundo por decisión propia y, sin embargo, tan humano como las pasiones que experimentó y reflejó en todos sus libros, donde a veces su propia vida era el argumento y sus amigos, los personajes de la fábula.

Aunque es más conocido por *Escuela de mandarines*, quizás deberíamos reparar de una forma más minuciosa y atenta en obras

de la altura de *Tribada* o *La fea burguesía*, sin desmerecer a *Asklepios* o a *Reflexiones sobre Norteamérica*. Al cabo, el escritor nacido en Caravaca constituyó todo un ejemplo de intelectual comprometido con su época y con el hombre, pero siempre desde una perspectiva literaria, indirecta, metafórica, pues la idea que él posee acerca de todo está solo en sus libros al modo de ficciones donde se mezclan la reflexión filosófica, el estilo clásico, cuidado y culto, la altura poética y un argumento que nos remite con frecuencia, mediante imágenes, símbolos y alegorías, a un tiempo y a un espacio que no tuvo más remedio que sufrir en sus propias carnes y que se identifica con la sombra espesa y siniestra del Régimen, con el poder omnímodo, gregario, cínico y corrupto de la Universidad, que constituye el centro cultural del universo novelesco que desarrolla Espinosa de un modo hiperbólico y cáustico, erigiendo una fábula que remeda la corrupción intelectual y moral de una época muy concreta de este país, al que él ha llamado la Feliz Gobernación, y donde únicamente un

Eremita posee el valor suficiente para enfrentarse con un sistema social y político cerrado y tiránico, estructurado en castas sociales herméticas e infranqueables: un príncipe, nos mandarines, nos legos, unos cabezas rapadas, unos hombres de estaca, la genticilla y las primeras cosas.

El Eremita baja de las montañas para predicar entre los hombres en un mundo donde domina la ortodoxia y el respeto absoluto al Libro, al que solo tienen acceso los mandarines y que solo ellos interpretan: "Por el mismo Libro matan unos, y otros mueren. Y todos están contentos; y todos afirman que ellos dicen lo que dice el Libro."

Miguel Espinosa, como indica el editor de este libro, Fernando Fernández, escribió tres versiones de *Escuela de mandarines* a lo largo de dieciocho años y varias redacciones de cada una. Ésta es la primera versión, escrita a mediados de los cincuenta, cuando el autor apenas contaba treinta años, y que posee una entidad propia e independiente con respecto a la obra que ganara el Premio Ciudad de Barcelona y que publicó la edito-

rial catalana, Los libros de la Frontera. Los lectores de Espinosa tenían noticia de algunos inéditos, que guardaba celosamente su hijo, Juan. Albergábamos la esperanza de que en algún instante el heredero diera a alguna editorial estos tesoros; y nos hemos llevado una sorpresa mayúscula al enterarnos de que la editorial era murciana y más concretamente, Alfaqueque, de Cieza, dirigida por un excelente editor, que ha sabido convencer a Juan Espinosa y nos consta que ambos han realizado un esfuerzo conjunto e intenso para sacar de los manuscritos revueltos la obra acrisolada y limpia.

Historia del Eremita muestra ese carácter fragmentario de buena parte de los libros de Espinosa, mantiene el universo original de la primera obra, su vocación crítica, pero también su ambición de construir un ámbito narrativo novedoso y absolutamente propio, trasunto de una realidad que conocía muy bien el narrador, pero que enmascara, mitifica y literaturiza en una mezcla genial de clasicismo y modernidad, de estilo terso y culto y caricatura guiñolesca: "Dieciséis bolsillos tiene el vestido de un hombre vulgar, treinta y dos el de un mandarín; cien, el tuyo. Desde que la civilización lo es, los sastres no acaban de contar bolsillos."

La impronta de Espinosa en cuanto escribe resulta reveladora y reconocible. La defensa de las

ideas y de la verdad, de la razón y de la justicia late bajo todos y cada uno de sus títulos, mientras el narrador se alza sobre sus criaturas con mano cruel y apenas compasiva, con inteligencia preclara y sin piedad alguna, mientras usa con sabiduría de una lengua que bien conoce y que retuerce a veces para lograr sus propósitos expresivos; como en la utilización de los diminutivos con el objeto de poner en evidencia el desprecio que sienten los poderosos por los que se hallan abajo: "En ti hay un tufillo que hiede a ropilla, a merienda vespertina, a toque de silencio, a ropas de lecho y a calzoncillos de becario."

Y, no obstante, buena parte de esta obra se mueve en proporciones excesivas y gigantescas, con lentitud y antigüedad de saurio, con formas fosilizadas y herméticas que recuerdan a universos de leyenda, como si la realidad que el autor vislumbra en aquellos años cincuenta tuviese un correlato mágico en estas páginas de mandarines, príncipes y aguilu-chos, con guerras incluidas y prisión para el Eremita heterodoxo, que lleva su palabra por el mundo como un reconocido profeta, como un mesías: "Los que ahora sufren, gozarán un día; y los que ahora gozan, sufrirán. Quienes mandan, obedecerán, y quienes obedecen, mandararán. Tal es la doctrina que yo predico."

Espinosa, M. *Historia del eremita*. Alfaqueque Ediciones, Cieza (Murcia), 2012. *Ibidem*. P. 297. *Ibidem*. P. 26. *Ibidem*. P. 89. *Ibidem*. P. 223